

EL KRIEGSTAGEBUCH DES OKW: FUENTE HISTÓRICA EN EL ESTUDIO DE LAS RELACIONES HISPANOGERMANAS (VERANO-OTOÑO 1940)

Alfonso Escuadra Sánchez

El interés alemán en la incorporación de España al Eje y, de una forma activa también al conflicto, que se haría evidente en el verano-otoño de 1940, no responde a ningún motivo de trasfondo ideológico, ni tuvo su origen en una premeditada estrategia por parte de Alemania. Por el contrario, éste vino de la mano de una exigencia puramente coyuntural impuesta por la necesidad de propiciar la derrota de Gran Bretaña, y con ella el cierre del frente occidental, mediante la acción armada.

Está de sobra documentado que, tras el periodo de inactividad que siguió a la derrota de Francia, en el seno del Alto Estado Mayor alemán, conocido como Oberkommando der Wehrmacht (OKW en adelante), se fue abriendo camino una concepción estratégica basada en el convencimiento de que la derrota británica por medios militares sólo era posible si, en lugar de asediar la metrópoli, se actuaba contra las vitales rutas de suministro que unían esta con el Imperio. Entre los objetivos de las acciones propuestas se encontraba la conquista de la colonia de Gibraltar, llave occidental del Mediterráneo y uno de los principales bastiones del tráfico mercante británico; una acción para la que, según las primeras conclusiones del Departamento de Operaciones del OKW o Wehrmachtsführungsamt (OKW/Wfa), era imprescindible la colaboración española.

En consecuencia, la génesis del interés germano en la intervención de España en la guerra corre paralela a la progresiva implantación de esta nueva concepción estratégica, conocida como Krieg an der Peripherie o “Estrategia Periférica”; lo cual constituye un buen argumento a la hora de destacar la importancia, que dentro del estudio de las relaciones hispanoalemanas en el verano otoño de 1940, tiene el proceso en el que esta nueva orientación fue primero concebida y luego adoptada por la cúpula militar y política del III Reich.

Todo lo anterior nos lleva a concentrar nuestra atención en el OKW y, dentro de su mencionado Departamento de Operaciones, en la llamada Abteilung Landesverteidigung (Abt. L) o Sección de Defensa Terrestre. El OKW era definido por el propio

Hitler como su Estado Mayor personal. Además de ocuparse de la alta planificación militar, el OKW/Wfa era el departamento encargado, a través del Abt. "L", de confeccionar los informes necesarios para la correcta dirección de la guerra, así como realizar estudios y sugerencias sobre la solución más idónea para los diferentes problemas estratégicos que se pudiesen plantear. Estos informes servían luego para dar solidez a las propuestas que el Jefe del Departamento, el Generaloberst Alfred Jodl, presentaba al Führer en la denominada conferencia diaria de mandos. Las decisiones adoptadas allí eran finalmente cursadas en forma de Directrices de Guerra, a partir de las cuales se orientaba el conjunto de la estrategia nacional.¹

No hay que esforzarse demasiado para concluir que el conocimiento de cuanto sucedía en estas importantes instancias de planificación estratégica, en especial todo lo que se refiere a dar solución al llamado problema británico, se nos muestra como algo esencial para el análisis de los diferentes movimientos realizados por la política exterior germana en el verano-otoño de 1940; y, en ese sentido, es igualmente importante a la hora de iluminar el papel jugado por España en aquellos meses.

Sin la menor duda, la mejor fuente para conocer el proceso que siguieron las decisiones de alto nivel adoptadas en su seno y sus consecuencias políticas, la constituye la recopilación documental recogida en su Diario de Operaciones.

Conocido como Kriegstagebuch des OKW (KTB en adelante), en sus páginas, se recogían de una forma pormenorizada el contenido de todas las reuniones con los representantes de las otras ramas de las Fuerzas Armadas, las diferentes sesiones de trabajo del Wfa o las conferencias de mandos de máximo nivel en las que el propio Hitler tomaba parte, y en las que se discutían y adoptaban las orientaciones estratégicas. Estos registros se completaban con un buen número de anexos compuestos, por ejemplo, por las propuestas y estudios tácticos realizados por el Abt. L, los informes de su Servicio de Inteligencia (Abwehr), o las monografías de múltiples contenidos preparadas por especialistas adscritos a otros departamentos y ramas de la Wehrmacht.

Además, el KTB presenta importantes ventajas frente a otras fuentes históricas. En primer lugar se trata de una documentación ajena a la excesiva auto complacencia y afán de justificación personal que, la mayoría de las veces, afecta a los testimonios y memorias de posguerra; algo que, junto a su carácter puramente técnico, redundaba en la objetividad de su contenido. Y, en segundo lugar, al estar en esencia concebido como un material secreto de uso exclusivamente interno, constituye una fuente bastante fiable a la hora de precisar las decisiones adoptadas en el seno de la cúpula militar germana, las bases y argumentos sobre las que estas se alcanzaron, y las consecuencias que tuvieron a nivel político. Todo lo cual hace del KTB una sólida referencia a la hora de moverse entre las sutilezas de los alambicados planteamientos diplomáticos que dominaron las relaciones entre España y Alemania en el periodo de nuestro interés.

La decisión de redactar un Diario de Guerra del OKW se había tomado a comienzos de la campaña occidental en la primavera de 1940, a sugerencia precisamente de la Sección de Defensa Terrestre del OKW/Wfa. Y, desde ese momento, esta labor se mantendría de una forma ininterrumpida hasta el final de la guerra. Curiosamente ninguna de las dos personas sobre las que recayó la máxima responsabilidad de la recogida y elaboración de notas, así como la posterior redacción de las diferentes entradas del KTB, eran militares profesionales sino historiadores.

El primero de ellos fue Helmuth Greiner, un técnico de archivo, escritor e investigador especializado en temas relacionados con la historia militar. Había nacido en Leipzig el 20 de abril de 1892, y la graduación de capitán (Hauptmann d. R.) con la que muchas veces aparece no debe confundirnos, ya que se trata del empleo como oficial de la reserva que había obtenido al final de la Primera Guerra Mundial.

¹ Respecto a ellos diría el conocido historiador británico Hugh R. Trevor-Roper: OKW, Wehrmachtsführungsstab, Abteilung Landesverteidigung... constituyen los instrumentos esenciales a través de los cuales Hitler, a lo largo de toda la guerra, formuló su estrategia y la impuso a sus generales, incluso pasando por encima del en un tiempo sólido e independiente Alto Estado Mayor, el OKH o Alto Mando del Ejército (H.R. Trevor Roper, *Hitler's War Directives 1939-1945*, p. 21).

Greiner había dado sus primeros pasos como archivero durante ese conflicto, concretamente en la Sección de Historia Militar del Alto Estado Mayor en Berlín; institución a la que había sido destinado después de que una dolencia cardíaca, producto de una de sus heridas, le declarara inútil para el servicio en el frente.

Entre 1921 y 1924 había estudiado Historia y Economía en la Universidad de Berlín y durante la República de Weimar había publicado numerosos trabajos y colaboraciones en revistas especializadas, siempre dentro del campo histórico-militar. De su producción cabe destacar su participación en la monumental obra *Der Weltkrieg 1914-1918. Die militärische Operationen zu Lande* (1925) y, como no, los que serían sus dos primeros libros, ambos de fuerte componente testimonial, titulados *Wir Kämpfen im Weltkrieg* (1929) y su secuela *Kämpfer and vergessenen Fronten* (1930).

En 1936, con Hitler ya en el poder y cuando apenas había transcurrido un año de la creación de las nuevas Fuerzas Armadas alemanas, la Sección de Historia Militar del Reichsarchiv, y Greiner con ella, pasaría a depender del “Archivo del Ejército” en Postdam (Heeresarchiv Postdam).

Su prestigio como historiador y sus servicios en esta institución, fueron sus principales avales para que, el 18 de agosto de 1939, el OKW le considerara la persona idónea para recoger por escrito el contenido de las reuniones y sesiones de su cúpula de mando. Su labor, verdadero precedente de lo que luego sería la redacción del KTB, le convirtió en un testigo de excepción que, a diferencia del que sería su sucesor, gozaría de libre acceso a todas reuniones y conferencias en las que se decidía la alta estrategia germana.

De todas formas y como ya hemos mencionado, la redacción del KTB no se iba a iniciar hasta la primavera de 1940. De hecho, el traslado oficial de Greiner desde el Heeresarchiv al OKW está fechado el uno de abril de ese año.

A partir de ese momento, Helmuth Greiner fue nombrado oficialmente Führer des Kriegstagebuches des Wehrmachtsführungsamt o lo que es lo mismo, Director del Diario de Guerra del Departamento de Operaciones del OKW; cargo que, desde primeros de octubre, desempeñaría con la categoría de Ministerialrat; uno de los grupos profesionales más elevados dentro de la escala de funcionarios del estado.

En los tres años siguientes, Greiner desarrollaría sus funciones ayudado por una secretaria y por dos profesores de historia oportunamente sacados de las filas de Wehrmacht; el Dr. Walter Dietz, formado en la Universidad de Leverkusen-Schleibuch y Felix Hartlaub, que se había doctorado en la Universidad de Berlín curiosamente con una tesis sobre Don Juan de Austria y la Batalla de Lepanto.

Finalmente Greiner sería cesado el 22 de abril de 1943 a causa de una denuncia motivada por su actitud contraria al régimen. De momento y con objeto de protegerle, sus amigos en el WFA le consiguieron un destino provisional en Italia. Aunque finalmente, tras prestar servicio en Roma durante unas semanas, se reincorporó a su puesto de trabajo en el Heeresarchiv de Postdam.

A pesar de aparecer en la documentación como Major d. R., su sustituto como director del KTB, tampoco sería un militar profesional sino un prestigioso Catedrático de Historia de la Universidad de Göttingen, especializado en el estudio de la Edad Media, el Profesor Percy Ernst Schramm.

Schramm estaría al frente del Diario de Guerra desde marzo de 1943 hasta la rendición alemana. Además de algunos de los antiguos colaboradores de Greiner, desde el otoño siguiente a su nombramiento, Schramm contaría como principal ayudante con uno de sus antiguos alumnos en Göttingen, el Doctor Walter Hubatsch. Esta presencia de historiadores, no sólo en los puestos de dirección, sino entre el personal auxiliar es un dato a tener en cuenta a la hora de evaluar la solidez

técnica de la fuente; como también lo es el tortuoso camino que el importante material contenido en sus páginas recorrería hasta quedar a disposición de los futuros investigadores.

Si tenemos en cuenta el testimonio de Schramm, el temor de que toda esta documentación resultara destruida le había preocupado desde el mismo día de su nombramiento. Además era de sobra consciente, ya por aquel entonces, de que “la tradición militar era muy clara... en el caso de una catástrofe, había que quemarlo todo”; y, como él mismo comentaría, “conforme iba pasando el tiempo más se obsesionaba con la idea de lo que iba a ocurrir con el *Kriegstagebuch*”.

Dentro del organigrama del OKW, el director del KTB dependía del Departamento de Historia de la Guerra (*Abteilung Wehrmacht Kriegsgeschichte*), al frente del cual se encontraba desde 1942 el Generalmajor Walter Scherff. En abril de 1945, Schramm llegó a proponerle que, en interés de la historia y atendiendo al derecho de las futuras generaciones a conocer su pasado, se le autorizara a ocultar en un lugar secreto una copia del KTB. Sus gestiones fueron en vano ya que, poco antes de que la proximidad del ejército soviético forzara el traslado de su departamento a Berschtesgaden, Scherff ordenaría la completa destrucción de todo el material relativo al Diario de Guerra.

En la toma de su dolorosa decisión, Scherff no tuvo más remedio que subordinar su indudable interés histórico a la necesidad de destruir unos documentos que podían resultar peligrosamente veraces en manos enemigas, sobre todo a tenor de la manifiesta intención de los victoriosos aliados de juzgar como criminales de guerra a los dirigentes de la derrotada Alemania. Días después, Scherff se había suicidado para evitar su captura.

No obstante, la que había sido su orden más terrible se iba a convertir en un argumento en pro de la fiabilidad del KTB como fuente histórica al descartar que se tratara de algo concebido con fines propagandísticos, o que se hubiese visto afectado por manipulación o deformación alguna de cara a la posteridad. Por encima incluso del mismo carácter del documento o la solvencia técnica y ética profesional de los que habían sido sus redactores, su solicitada destrucción es una garantía evidente de que su contenido era la transcripción precisa y exacta de lo que se trataba en la cúpula militar germana y de los estudios sobre los que el propio Hitler tomaba sus decisiones estratégicas.

Sin embargo, Scherff había muerto sin saber que su orden había sido cumplida tan sólo formalmente porque, a la postre, resultaría doblemente sabotada debido a la iniciativa de los historiadores que habían servido bajo su mando en calidad de directores del KTB.

Pasando por encima de todas las directrices, cuando Helmuth Greiner había abandonado el OKW en marzo de 1943, se había llevado consigo abundante documentación relativa a su trabajo en el Diario. Entre ella se encontraba una parte importante de sus notas manuscritas correspondientes a varios periodos comprendidos entre los años 1940 y 1942, así como una copia mecanografiada que abarcaba desde el 1 de agosto de 1940 al 24 de marzo de 1941.

Posteriormente, Greiner había trasladado todo este material a su nueva residencia en Postdam, donde había permanecido oculto hasta los días finales de la guerra. En la primavera de 1945, con el ejército soviético a las puertas de la ciudad, Greiner había aprovechado un permiso especial por enfermedad otorgado por el OKW para trasladarse con su familia, y por supuesto con toda la documentación, hasta la población de Oberhof en Turingia.

Tras la rendición de Alemania, Greiner había sido detenido por el ejército americano y conducido al campo de prisioneros de Kreuznach. Al enterarse de que los aliados occidentales iban a ceder Turingia a los soviéticos, Greiner decidió pactar con sus captores la entrega de la documentación a cambio de que se facilitara el traslado a su familia, aún en Oberhof, hasta la zona americana.

Algo parecido había ocurrido también con Schramm, el cual había retenido en su poder un buen número de informes y sus notas manuscritas completas del año 1945. Ejecutada ya la destrucción del KTB y tras decretarse el traslado al sur del país de los diferentes departamentos del OKW, Schramm había distribuido su material en dos maletas que, a su llegada al Obersalzberg, quedaron confiadas a dos familias diferentes.

Al igual que Greiner, tras su detención por parte del ejército americano, Schramm también pactaría con ellos la entrega de la documentación. Por desgracia sólo pudo recuperar una de las maletas ya que la otra había sido destruida días antes por sus atemorizados custodios.

Tanto Greiner como Schramm fueron trasladados a Oberursel donde accedieron a colaborar con la denominada Historical Division del Ejército norteamericano. En los meses que siguieron a la derrota alemana, los servicios de inteligencia de Estados Unidos tenían mucho interés en contar con el asesoramiento de estos especialistas, no sólo para realizar una primera evaluación de la ingente documentación capturada, sino también para recoger sus conocimientos en una serie de informes que les ayudasen en su labor de seleccionar las pruebas acusatorias necesarias de cara al previsto proceso a los criminales de guerra.

Así, durante el año que les mantuvieron retenidos, Greiner trabajó en la redacción de un detallado estudio sobre el Alto Mando alemán durante el periodo en que él estuvo al frente del KTB, mientras Schramm tuvo que ocuparse del mismo asunto pero esta vez referido a la última fase de la guerra.² A cambio de su colaboración los americanos permitirían a ambos conservar copia de sus anotaciones manuscritas.

Tras su puesta en libertad en 1946, Schramm había regresado a Göttingen con la intención de retomar su labor en la Universidad. Por el contrario, Greiner no pudo hacer lo mismo porque su antiguo archivo había quedado en zona soviética. De manera que decidió permanecer en el oeste y emprender una nueva vida en Wiesbaden. Aunque los dos terminarían utilizando su trabajo para los americanos como base de sus obras futuras, fue Greiner el primero en acometer la tarea de poner su documentación a disposición del público. Esto resulta especialmente importante dentro de nuestro campo de estudio porque formando parte de la misma se encontraban las anotaciones completas correspondientes al verano-otoño de 1940.

Y así, mientras Schramm iniciaba de nuevo su actividad docente en 1948, retomando sus trabajos de investigación sobre la Edad Media e incluso consiguiendo publicar algunos de ellos, Greiner volcaba el fruto de su experiencia y su labor como director del KTB en una nueva obra que sería publicada en 1951 bajo el título *Die Oberste Wehrmachtsführung 1939-1943*.³

Pero, sin duda la gran difusión de este material llegaría de la mano del que había sido su sustituto ya que, entre 1963 y 1965, el Dr. Schramm volvería a editar una reproducción literal de las notas de Greiner en los tomos I, II y III de su magna recopilación del KTB, titulada *Kriegstagebuch des Oberkommandos der Wehrmacht, 1940-1945*.⁴ En aquella ocasión la documentación del verano otoño de 1940 aparecía recogida en el Tomo I, dedicado a los años 1940-1941; un tomo que, curiosamente se publicó en 1965, siete años después de la muerte de Greiner, como última entrega de la serie.

Aunque los originales de las notas de Greiner y la parte del KTB rescatada por él se encuentran desde los años cincuenta depositados en el Bundesarchiv Koblenz bajo la signatura de Nachlass Greiner o “Legado Greiner”, gracias a la publicación de las obras antes mencionadas podemos decir que la reproducción literal de las entradas del Kriegstagebuch que, en lo que

2 *Die Deutsche Wehrmacht in der letzten Phase des Krieges*. 1.1.1945-7.5.1945.

3 Helmuth Greiner, *Die Oberste Wehrmachtsführung 1939-1943*, Limes Verlag, Wiesbaden, 1951.

4 P. E. Schramm, A. Hillgruber y H. A. Jacobsen, *Kriegstagebuch des Oberkommandos der Wehrmacht, 1940-1945*. Bernhard & Graefe Verlag für Wehrwesen, Frankfurt am Main, 1961-1965.

respecta a la historia de España durante la Segunda Guerra Mundial cubre la denominada época de la “Gran tentación”, se encuentran a disposición de los historiadores desde hace más de medio siglo.

El primero en reparar en las posibilidades que ofrecía la información contenida en el KTB de cara al análisis de las relaciones hispanoalemanas, fue el historiador norteamericano de origen alemán, Donald S. Detwiler que, curiosamente, durante la guerra había servido como oficial de los servicios de inteligencia destacados en Alemania y que había estado directamente relacionado con los salvadores del KTB.

Después de abandonar el servicio activo en 1957, Detwiler había permanecido cuatro años estudiando en la Universidad de Göttingen. Allí había estrechado sus vínculos de amistad con Schramm al tiempo que se familiarizaba con la documentación del KTB, llegando incluso a colaborar en los contenidos del tomo IV, publicado en 1961. El fruto de su investigación, se editaba al año siguiente bajo el título *Hitler, Franco und Gibraltar. Die Frage des spanischen Eintritts in den Zweiten Weltkrieg*,⁵ obra que podemos calificar como la primera piedra en el estudio de las relaciones hispanoalemanas durante la Segunda Guerra Mundial.

De vuelta en Estados Unidos y ya convertido en doctor y miembro del Departamento de Historia de la Southern Illinois University, Detwiler mantuvo el contacto con Schramm y con su obra.⁶ Sobre el surco dejado por su labor, aunque contando con nuevas fuentes inéditas sobre todo a base de testimonios, otro investigador norteamericano el Doctor Charles S. Burdick, profundizaría en el tema con un admirable ejercicio de erudición que apareció publicado en 1968 bajo el título de *Germany's Military Strategy and Spain in World War Two*.⁷ Un trabajo que Detweiler no dudó en avalar de una forma expresa refiriéndose a él como una valiosa contribución.

Además de su dominio del idioma alemán, hay que destacar el hecho de que, entre los asesores de Burdick se contaban dos de los profesores que habían colaborado con Schramm en la recopilación del KTB, Andreas Hillgruber y Hans Adolf Jacobsen.⁸

Sólidamente basado, entre otras primeras fuentes, en el contenido del KTB, los juicios de Burdick se muestran concluyentes en lo que respecta a la actitud de Franco respecto a la entrada de España en la guerra. Su publicación en inglés facilitó enormemente su consulta por parte de los historiadores terminando por convertirla, por encima incluso del trabajo de Detwiler, en el referente principal del estudio de la estrategia alemana y España durante la Segunda Guerra Mundial.

Al no contar con una traducción, salvo aquellos que podían acceder a la edición alemana, han sido muy pocos los autores que desde su publicación, se han servido del KTB como fuente para el estudio de este tema.⁹ De hecho, en los últimos años del franquismo y los primeros de la transición, las únicas referencias al KTB en relación con España, llegaban de forma indirecta, la mayoría de las veces a través del uso que los diferentes biógrafos del almirante Wilhelm Canaris, hicieron de las obras de Burdick y Detweiler.¹⁰

5 Detwiler, Donald, S. *Hitler, Franco und Gibraltar. Die Frage des spanischen Eintritts in den Zweiten Weltkrieg* (Franz Steiner Verlag, Wiesbaden, 1962).

6 De hecho fue quien se encargaría de traducir al inglés dos de sus trabajos: *Hitler als militärischer Führer. Erkenntnisse und Erfahrungen d. Kriegstagebuch d. Oberkommandos der Wehrmacht* (Athenäum Verlag, Frankfurt am Main 1965) aparecida en inglés como *Hitler the Man and the Military Leader*, Quadrangle Books, Chicago, 1971.

7 Burdick, Charles B. *Germany's Military Strategy and Spain in World War Two* (Syracuse University Press, Syracuse, Nueva York).

8 Además de haberse ocupado de la preparación del material correspondiente a 1940/1941, Jacobsen mantendría una estrecha colaboración con Burdick en años posteriores, fruto de la cual sería la edición del diario del *Generaloberst Franz Halder* (Presidio Press, Novato (California) 1988).

9 En lo que a la bibliografía en castellano se refiere, tal vez el más conocido sea el alemán Klaus-Jörg Ruhl en su obra *Franco, Falange und III Reich*. (Hoffmann und Campo Verlag, Hamburgo, 1975); si bien aún habría que esperar una década para contar con una traducción de la misma.

10 Buenos ejemplos de ello los proporcionan Heinz Höhne (*Canaris. Patriot im Zweielicht*, Bertelsmann Verlag GmbH, Munich, 1976), André Brissaud (*Canaris*. Librairie Académique Perrin, Paris, 1970, existe edición española con el título de *Canaris. La Guerra española y la II Guerra Mundial*. Noguer, Barcelona, 1972) o Leon Papeleux (*El Almirante Canaris. Entre Franco y Hitler*. Ed. Juventud, Barcelona, 1977), entre otros.

Algunos de estos autores serían de crucial importancia porque al editarse en castellano, sus obras se hicieron de consulta obligada para los historiadores españoles. Si bien tenemos que reconocer que, en cierta forma, cerraron el paso a las que habían sido sus fuentes de inspiración y, no digamos, hacia la consulta directa del material contenido en el KTB, cada vez más olvidado como fuente primaria.

Es muy posible que, en lo que a España se refiere, esta circunstancia haya jugado también su papel a la hora de explicar el panorama dominante dentro de la historiografía relativa a la posición de España durante la Segunda Guerra Mundial, y más concretamente en lo que fueron las relaciones hispano-germanas entre junio de 1940 y junio de 1941. Hoy por hoy este panorama aparece dominado por dos posiciones extremas.

Siguiendo en cierta forma el esquema planteado por Christian Leitz,¹¹ la primera de ellas recoge las viejas tesis mantenidas desde la inmediata posguerra por el exilio republicano, sobre todo empeñado en demostrar que Franco era un belicista pronazi que intentó meter a España en la guerra y que, si no lo consiguió fue porque sus deseos fueron frenados por Alemania. Esta visión sería posteriormente retomada y actualizada por los autores de inspiración izquierdista que alimentaron la llamada “renovación historiográfica” de la transición, los cuales encontrarían seguidores que, aunque de una forma más sosegada, la harían pervivir hasta nuestros días.

La segunda hunde sus raíces en la que hasta entonces había sido la tesis llamémosle oficial, cuyo eje principal se podría resumir en que había sido la habilidad de Franco la que había salvado a España de la guerra al permitirle resistir las presiones del Eje alentado por la defensa de los intereses españoles.

Sin embargo la mayoría de los autores, incluidos los representantes más extremos de ambas corrientes coinciden en una cosa: ninguno de ellos ha recurrido a la consulta del Diario de Operaciones del OKW/Wfa, y ello a pesar de sus múltiples ventajas como fuente y a pesar de estar disponible incluso en forma de libro desde 1951. La única explicación que encontramos para ello es que al tratarse de un material de origen militar, que además está redactado en un alemán muy técnico, que exige un pormenorizado conocimiento de la estructura interna y del funcionamiento de la Wehrmacht, la mayoría de los autores han preferido optar, a lo sumo, por acceder indirectamente a su contenido a través de los trabajos de Detwiler, y sobre todo de Burdick, lo que hace casi imposible encontrar historiadores españoles cuyo acercamiento al KTB haya ido más allá de la consulta de sus obras.

Por ello, en la segunda parte de este trabajo intentaremos ofrecer, de una forma obviamente muy resumida, las principales aportaciones que las entradas del KTB ofrecen para el análisis de las relaciones hispano-germanas entre los meses de agosto de 1940 y febrero de 1941. El material utilizado procede del tomo I de la edición especial que la editorial Bernard und Graeffe realizó de la obra de Percy E. Schramm y que, exactamente, abarca el periodo comprendido entre el 1 de agosto de 1940 y el 7 de abril de 1941.

Es evidente, que al iniciarse a primeros de agosto es posterior al primer capítulo del juego desplegado por España en sus relaciones con Alemania, iniciado mes y medio antes con la entrega de la famosa carta de Franco a Hitler; un juego que, básicamente, tenía como objetivo obtener los máximos beneficios de la victoria alemana en forma de nuevos territorios y suministros de materias primas, alimentos, combustible y armas, a cambio de una declaración de compromiso con la lucha emprendida por el Eje; compromiso que, a pesar de no descartar de una forma manifiesta la participación activa en la guerra, la condicionaba a la mejora de la situación interna del país.

¹¹ *España y las grandes potencias del siglo XX*, Cap. 6. *La Alemania nazi y la España franquista 1936-1945*, Ed. Crítica, Barcelona, 2002, pp. 98-116.

Así, aunque de hecho nadie dudaba de que la victoria final iba a caer del lado alemán, sólo en el caso de que se tuviese el absoluto convencimiento de que el conflicto se iba a resolver mediante una “guerra corta”, España podría pensar en la posibilidad de hacer valer sus demandas a cambio de una intervención en el conflicto. Si por el contrario lo que se preveía era una “guerra larga”, España intentaría obtener los máximos beneficios con decididas muestras de buena voluntad, pero utilizando sus problemas de suministro para retrasar la entrada en la guerra hasta que la victoria final fuese inminente; en suma hasta que la perspectiva no volviese a ser la de una “guerra corta”.

Este sería el planteamiento básico de la posición respecto a la guerra que Franco sostendría durante los meses siguientes; un planteamiento con el suficiente grado de ductilidad para poder adaptarse a cualquier contingencia o, como diría alguno, “para poder ganar sin arriesgar”.

Luego, por supuesto, Alemania tenía que tener algún motivo que la llevara a estimar el ofrecimiento español y a asumir las pretensiones territoriales y económicas que este conllevaba. Este motivo es uno de los primeros datos que nos proporcionan las páginas del KTB.

Para superar el vacío existente entre junio y agosto, recurriremos a las memorias del general de artillería Walter Warlimont, buen recurso para saber que, en junio de 1940, lo último que interesaba al OKW era la incorporación de España a la guerra.¹²

Es cierto que la palabra Gibraltar se había mencionado por primera vez a finales de junio, días después de que se certificara la derrota de Francia y la entrega de la oportunista misiva de Vigón. Pero se trató de una simple especulación sin ningún tipo de consecuencia ya que, durante las primeras semanas de aquel verano, el OKW se iba a dedicar sobre todo a concluir el armisticio francés y a profundizar en la preparación de un desembarco en las Islas británicas.¹³

Según el propio Warlimont, la clave de esta falta de interés estaba en el convencimiento de que no iba a ser necesario emprender acción alguna contra Gran Bretaña, porque se estaba a punto de alcanzar una salida negociada. Eso explica tanto la acogida que Hitler dió al ofrecimiento español como la posibilidad de “guerra corta” que lo había alentado. Algo similar ocurrió con las demandas españolas, especialmente con las aspiraciones territoriales, consideradas un importante escollo para las negociaciones del armisticio y la política de futuro a seguir con la derrotada Francia.

En un ambiente que Warlimont califica “de ansiedad por ver aclaradas las intenciones futuras (de Hitler)”, el entonces teniente general Alfred Jodl, Jefe del Departamento de Operaciones del OKW, realizó por propia iniciativa un estudio sobre la marcha estratégica de la guerra que le fue entregado a Hitler el 30 de junio de 1940. En sus páginas, se podía leer que “si los medios políticos no lograban el objetivo de la paz, sería necesario quebrantar la resistencia inglesa lanzando un ataque contra el mismo territorio de Inglaterra, o llevando la guerra a la periferia!”.

Esta sería pues la primera vez que se ponía sobre la mesa una posibilidad, que podía llegar a modificar la actitud alemana hacia España. De todas formas, aunque Hitler aprobase plan de Jodl, este sólo fue estimado en lo que se refería a la primera de las opciones¹⁴ mientras, como afirma Warlimont: “... La otra idea que Jodl había expuesto [atacar el Imperio Británico desde su periferia] no fue de momento aceptada”.¹⁵

12 Según su hoja de servicios, a comienzos del verano de 1940, Warlimont prestaba servicio en el mismo cerebro del OKW como Oberst i.G. Concretamente estaba destinado en el denominado Wehrmachtführungsamt (Wfa), el Departamento de Operaciones, dentro del cual desempeñaba precisamente el cargo de Abteilung Landesverteidigung/Abt. “L” Chef o Jefe de la Sección de Defensa Terrestre.

13 W. Warlimont, *Im Hauptquartier der deutschen Wehrmacht 1939-45*, p. 103-104.

14 Como consecuencia de ello se redactó la Directriz 16 de 16 de julio de 1940. H. R. Trevor-Roper. *Hitler's War Directives 1939, 1945*, Pan Books, Londres, 1983, pp. 74-79.

15 W. Warlimont, op.cit., p. 107.

Aún así, el “Memorandum/Jodl del 30 de junio” se considera el precedente de la futura adopción de los postulados de la “Estrategia Periférica” y, en consecuencia, de la consideración de Gibraltar como objetivo prioritario en la consecución de la victoria sobre Gran Bretaña.

A pesar de todo y por remota que fuese, la posibilidad estaba planteada y su departamento no tuvo más remedio que contemplarla, aunque de momento fuese desde un punto de vista puramente teórico. El propio Warlimont nos confirma que, a pesar de que la sugerencia de Jodl respecto a los bastiones mediterráneos no hubiese sido estimada “... un mes más tarde (de presentarse el memorandum), aproximadamente, la Sección L y el OKH, obrando independientemente el uno del otro, pero casi simultáneamente, hicieron ciertos intentos en tal dirección, si bien en escala limitada”.¹⁶

Warlimont se refiere a la misión de reconocimiento encargada a los servicios de inteligencia del OKW, el conocido Abwehr¹⁷ y que daría lugar al importante informe Mikosch-Canaris; misión que, gracias al ofrecimiento de mediados de junio, fue realizada con la colaboración de los españoles.¹⁸

Las primeras entradas del KTB hacen precisamente referencia a tanto al “Memorandum Jodl” del 30 de junio,¹⁹ como a la entrega del denominado “Informe Mikosch Canaris” del 1 de agosto.²⁰

En los días siguientes, mientras Hitler solicitaba al Ministerio de Asuntos Exteriores que informase sobre las condiciones españolas para una posible entrada en la guerra, los expertos del Departamento de Operaciones analizaban este informe. El 9 de agosto, informaban al OKW que era posible lanzar una operación contra Gibraltar e incluso esbozaban un primer plan para llevarla a cabo. Pero lo más importante dentro del tema que nos ocupa es que, como requisito imprescindible para su ejecución, “recomendaban cerrar un acuerdo con Franco”.²¹

Basándose en estos trabajos, el 13 de agosto Jodl presentaría un segundo memorandum en el que proponía un desplazamiento hacia el Mediterráneo del epicentro de la guerra en el que, además de apoyar el avance de los italianos hacia Suez, por primera vez se sugería la necesidad de llegar un acuerdo con Italia y España para conquistar Gibraltar.²²

La falta de resultados obtenido por las ofertas y tentativas de paz hizo que el “Memorandum Jodl” del 13 de agosto triunfara donde había fracasado el de finales de junio. Inmediatamente, la sección de Warlimont elaboró un primer plan de operaciones que debería ser tenido en cuenta en las negociaciones que, de una forma inminente, se debían abrir con España.²³ Ahí tenemos el motivo del interés alemán en la participación de España en la guerra y el momento en que surgió.

En la reunión que mantuvieron con Jodl, los oficiales del Departamento de Operaciones le recomendaron que además de “exigir a los españoles que se situasen abiertamente del lado alemán desde el comienzo de la operación”, se insistiera en la “conveniencia de que España estrechara sus relaciones con Portugal” para reforzar la defensa de la Península.²⁴

Cuatro días después y tras conocer el resultado del último encuentro entre Franco y el embajador Stohrer, Hitler aprobaba la puesta en marcha de los preparativos de cara a una operación para tomar Gibraltar.²⁵

16 Ibidem.

17 W. Warlimont, op.cit., p. 526, Nota 17.

18 A. Escuadra. A la sombra de la Roca. La Misión Mikosch-Canaris, Caja Sur Ed., Córdoba, pp. 101-113.

19 P. E. Schramm y otros, op.cit. Tomo I/B, KTB p. 3-4.

20 P. E. Schramm y otros, op.cit. Tomo I/B, KTB p. 5-7.

21 P. E. Schramm y otros, op.cit. Tomo I/B, KTB p. 17-19.

22 P. E. Schramm y otros, op.cit. Tomo I/B, KTB p. 19.34.

23 P. E. Schramm y otros, op.cit. Tomo I/B, KTB p. 40-41.

24 Ibidem.

25 P. E. Schramm y otros, op.cit. Tomo I/B, KTB p. 47-48.

A partir de ese momento, la entrada de España en la guerra se convirtió en una prioridad para Alemania, como requisito imprescindible para la toma de Gibraltar; una acción que iba a permitir, en expresión de los alemanes, romper la columna vertebral al Imperio británico. Pero en lo que respecta a los españoles, el afán de resistencia británico, proclamado con claridad en Mers-el-Kebir y alentado por el apoyo de Estados Unidos, no hacía sino reafirmar la posibilidad de una “guerra larga” con todo lo que ello significaba.

Entre los primeros en percibir los cambios de actitud en los españoles se contarían el propio jefe de los servicios de inteligencia del OKW, almirante Wilhelm Canaris y el *generaloberst* Manfred von Richthoffen, ambos destacados en España en misiones de sondeo a finales de agosto. De todas formas aún había tiempo mientras se ultimaba el plan de ataque. Hitler, por su parte, se mostraba bastante confiado en poder conseguir el compromiso de la entrada de España en la guerra durante la visita que el entonces ministro de la Gobernación, Ramón Serrano Súñer, tenía previsto realizar a Berlín a mediados de septiembre.

Aunque este encuentro se iba a cerrar sin un resultado concluyente, sí ayudó a mantener las esperanzas alemanas porque, junto a los renovadas muestras de compromiso con el Eje, siguiendo instrucciones de Franco, Serrano había aceptado la propuesta de Hitler de proceder al cierre definitivo del demandado acuerdo hispano-alemán en una próxima reunión entre los máximos dirigentes de ambos países.

Días antes del encuentro de Berlín, en las páginas del KTB aparecía recogida la propuesta que tanto había inquietado a Serrano, y al mismo Franco, relativa a la concesión a Alemania de una base en las Islas Canarias a cambio de la entrega a España de Gibraltar.²⁶ Respecto a la entrevista en sí, una única pero concluyente referencia decía: “Nada sobre la dirección conjunta de la guerra”.²⁷

Buena prueba de que las esperanzas continuaban abiertas, la constituyen las múltiples entradas relativas a los preparativos de la operación contra Gibraltar. Es difícil conjugar esto con la tesis de algunos historiadores que sostienen que el encuentro de Hendaya posee una importancia secundaria en relación al encuentro Hitler-Serrano de septiembre.²⁸

Durante mucho tiempo se ha tenido la impresión de que la famosa conferencia también se había cerrado con la misma falta de resultados que las conversaciones de Berlín. Pero eso no ocurrió exactamente así si tenemos en cuenta que, a su término, los alemanes habían conseguido arrancar a los españoles la firma de un acuerdo secreto conocido como el “Protocolo de Ayete”.

Este documento, propuesto para su firma por el Ministerio de Asuntos Exteriores de von Ribbentrop, estaba concebido como la respuesta de la diplomacia germana a una exigencia planteada por el OKW para poder desarrollar su estrategia de guerra contra Gran Bretaña. En él Alemania aceptaba todas y cada una de las condiciones exigidas por España para entrar en la guerra, incluso se había llegado a un acuerdo sobre el espinoso tema de las aspiraciones territoriales que España había aceptado. Franco no tuvo otra salida que comprometerse a que “España intervendrá en la presente guerra al lado de las Potencias del Eje contra Inglaterra”.

Pero Franco consiguió retener en sus manos la elección del momento de hacer efectivo este compromiso cambiando el texto original del acuerdo. Inicialmente este decía que la entrada de España en la guerra tendría lugar “... cuando Alemania lo considere oportuno”, mientras la versión final lo situaba “...en el momento en que se fije de común acuerdo por las tres potencias” (se refiere a Alemania, Italia y España). Es evidente que este común acuerdo no se sancionaría por parte de España, mientras persistiese la perspectiva de una “guerra larga”. Es fácil de comprender el disgusto que mostraría la

26 P. E. Schramm y otros, op.cit. Tomo I/B, KTB p. 79-80.

27 P. E. Schramm y otros, op.cit. Tomo I/B, KTB p. 91-94.

28 Javier Tussel. *Franco, España y la Segunda Guerra Mundial. Entre el eje y la neutralidad*, Ed. Temas de hoy, Madrid, 1995, pp. 131 y ss.

delegación alemana en su viaje de regreso porque, si tenemos en cuenta que su objetivo era cerrar el compromiso de la entrada de España en la guerra en una fecha que hiciera posible el lanzamiento de Felix, debemos reconocer que regresaban con las manos prácticamente vacías.

Cuando días después el Departamento de Operaciones fuese debidamente informado, el resultado de la entrevista quedaría recogido en el Diario con las siguientes palabras: "...La actual situación económica impide la pronta entrada de España en la guerra al lado del Eje, no obstante se propondrán nuevos métodos para entrar en la guerra".²⁹

Aunque se podría especular sobre la solidez o la veracidad de los argumentos que había tras la actitud mantenida por cada uno de los líderes o el grado de coincidencia entre lo que deseaban y lo que debían hacer, resulta más que evidente para cual de ellos la beligerancia de España era, no sólo necesaria sino apremiante, y para quien era un peligroso contratiempo que había que salvar a todo trance.

De todas formas el acuerdo secreto dejaba aún la puerta abierta a un último intento y, basándose en él, a lo largo de los últimos días de octubre y comienzos de noviembre el OKW se mostraría imperturbable en la preparación de la operación de Gibraltar. Las entradas del Diario revelan una intensidad del trabajo que sólo puede ser compatible con la idea de que la cúpula militar alemana seguía pensando que, al final, se iba a conseguir la beligerancia española.³⁰

Así se procedió a estudiar, en colaboración con España, las diferentes soluciones a los problemas logísticos de la operación,³¹ se recibió el listado de las unidades aéreas que iban a intervenir en ella,³² todo ello mientras el Ejército iniciaba en el sur de Francia el adiestramiento del Cuerpo Expedicionario. Las esperanzas seguían tan activas como lo demuestra el hecho de que la famosa "Directriz 18", en la que se contemplaba la toma de Gibraltar, fuese cursada el 12 de noviembre de 1940, veinte días después de que hubiese tenido lugar la conferencia de Hendaya.³³

Un día después, el OKW concretaba el calendario de la operación contra Gibraltar, por primera vez identificada como Unternehmen Felix. El máximo responsable de este organismo, *generalfeldmarschall* Wilhelm Keitel ordenó su inmediato envío al Ministerio de Asuntos Exteriores, con objeto que este conociera las exigencias la operación a la hora de conseguir de los españoles de la fecha de entrada en la guerra.³⁴

El 14 de noviembre, la Sección de Operaciones se mostraba aún más explícita al insistir en que:

Consideraba necesario solicitar conversaciones políticas con España porque, (ya que) al depender de la estación del año, las operaciones militares contra Gibraltar debían ser ejecutadas a mediados de enero, para lo cual (la Wehrmacht) debía tener vía libre a comienzos de diciembre con objeto de poder completar las labores de reconocimiento ... las cuales podrán comenzar sólo cuando los sondeos políticos ofrezcan un resultado positivo... El Jefe de la Sección de Operaciones debía ponerse en contacto con el Ministerio de Asuntos Exteriores para averiguar si era posible que los trabajos de reconocimiento pudiesen efectuarse antes incluso de que concluyesen las negociaciones.³⁵

La reacción a la apremiante solicitud del Alto Estado Mayor alemán sería inmediata, y el 15 de noviembre Hitler convocaba a Serrano Súñer a su refugio del Nido del Aguila en Berschtesgaden. Tres días después, con el impresionante escenario de los Alpes bávaros como fondo, Serrano sería abiertamente presionado por un Hitler consciente de la necesidad de concretar

29 P. E. Schramm y otros, op.cit. Tomo I/B, KTB p. 134-137.

30 P. E. Schramm y otros, op.cit. Tomo I/B, KTB p. 140.141 y p. 148-152.

31 P. E. Schramm y otros, op.cit. Tomo I/B, KTB p. 153-159.

32 P. E. Schramm y otros, op.cit. Tomo I/B, KTB p. 165-169.

33 H. R. Trevor-Roper, op.cit. p. 80-87.

34 P. E. Schramm y otros, op.cit. Tomo I/B, KTB p. 171-173.

35 P. E. Schramm y otros, op.cit. Tomo I/B, KTB p. 173-176.

con una fecha la prometida entrada en la guerra de España. En aquella ocasión, su principal argumento fue la necesidad de lanzar la operación contra Gibraltar; operación que, como el general Jodl se encargaría, de explicarle estaba preparada hasta el más mínimo detalle.

Pero la reacción de Serrano, al igual que haría Franco días después, además de demostrar la ductilidad del planteamiento seguido desde junio anterior, lograría soslayar la principal exigencia del compromiso firmado en Ayete recurriendo a la problemática situación interna. La postura española estaba clara. Fiel a los acuerdos firmados, España se mostraba dispuesta a entrar en la guerra pero, como rezaba en la letra de esos mismos acuerdos, ese momento debía quedar determinado de forma unánime; en base a ello y siguiendo su planteamiento de siempre, España no iba a entrar en el conflicto mientras existiera la posibilidad de una “guerra larga”. De manera que los intentos alemanes en el Berghof fracasaron como antes habían fracasado en Berlín y en Hendaya.

No obstante, durante unos días el Departamento de Operaciones continuaría con su trabajo consciente de la importancia del encuentro aunque ignorante de su resultado. Sólo así se explica que, en la entrada correspondiente al día 25 de noviembre, Greiner anotara: “Durante la visita del ministro español de Asuntos Exteriores al Berghof del 18 de noviembre se le ha solicitado una definitiva toma de posición por parte española”.³⁶

De la importante reunión mantenida por Hitler con el Comandante en Jefe del Ejército y los mandos del OKW el 5 de diciembre se desprende que, a pesar de todo, los alemanes aún esperaban forzar la entrada de España en la guerra en una fecha que no alterase el calendario previsto para Felix.³⁷ En los días que siguieron Franco, no tuvo más remedio que mostrarse prudente y autorizar las últimas misiones de reconocimiento solicitadas por el OKW. Pero no cabe duda de que lo hizo consciente de que la operación, de momento, no iba a ejecutarse.

Para intentar arrancarle la tan solicitada fecha, Hitler pensó incluso en enviar al general Jodl a Madrid. nadie mejor que él para explicarle, desde la más pura óptica militar, la conveniencia del lanzamiento de Felix y la necesidad de respetar el calendario previsto; según el cual, la entrada de España en la guerra debía producirse, como muy tarde el 10 de enero de 1941.

El OKW aún confiaba en obtener la fecha en el que iba a ser su último intento. Y así, dos días antes de la importante conferencia de guerra del 6 de diciembre, había enviado al almirante Canaris a España para que “le expusiera a Franco la urgente necesidad de la entrada de España en la guerra”. Todas las esperanzas se frustraron cuando Canaris informó de que, justificándose con los mismos argumentos de siempre, Franco lamentaba no poder proporcionarle la fecha requerida.³⁸

Siguiendo las instrucciones del OKW y de una forma enérgica y reiterada según quedaría recogido en el KTB, Canaris solicitó al Jefe del Estado español que, al menos, le proporcionara la fecha más próxima en la que, según su criterio, se pudiera hacer efectiva la comprometida entrada de España en la guerra.³⁹

Ante su insistencia “Franco contestó que no podía proporcionarla ya que esta dependía de como fuesen evolucionando los asuntos económicos internos de España que, por el momento, no podían ser obviados”.

La entrada del KTB correspondiente a ese momento termina con una prueba evidente de que los miembros del OKW también habían intuido el juego sostenido por Franco desde el mes de junio anterior: Franco parece tener claro que España

36 P. E. Schramm y otros, op.cit. Tomo I/B, KTB p. 186-189.

37 P. E. Schramm y otros, op.cit. Tomo I/B, KTB p. 201-210.

38 P. E. Schramm y otros, op.cit. Tomo I/B, KTB p. 219.220.

39 P. E. Schramm y otros, op.cit. Tomo I/B, KTB p. 222-223.

sólo dará el paso de entrar en la guerra justo antes del derrumbamiento de Inglaterra. O lo que es lo mismo, sólo cuando tuviese la certeza de una “guerra corta”.⁴⁰

La consecuencia de ello podemos apreciarla en la entrada del Diario de Operaciones correspondiente al martes 10 de diciembre de 1941, fecha considerada límite por el OKW para tener solucionada la cuestión de la beligerancia española, la cual concluía con un verdadero epitafio para este periodo de las relaciones hispanogermanas: “El telegrama de Canaris (informando del fracaso de su misión) convenció a Hitler de que la Operación Felix no podía ser ejecutada en tanto no se dieran las condiciones políticas”.⁴¹ Una semana después comenzaría el proceso de disolución del Cuerpo Expedicionario⁴² y, el 10 de enero de 1941, se ordenaba la cancelación de todos los preparativos para la operación Felix.⁴³

Es cierto que, a lo largo de enero de 1941, se registrarían varios intentos de reactivar la operación. Incluso se llegaría a estudiar la posibilidad, inmediatamente desechada, de llevarla a cabo sin contar con España. El mismo Mussolini alimentaría ciertas esperanzas cuando el 19 de enero, durante un encuentro en el Berghof, comentase a Hitler que estaba dispuesto a echarle una mano con Franco.⁴⁴

Finalmente el 28 de enero, mientras Jodl aún se esforzaba en mantener viva una operación que, al fin y al cabo era obra suya en muchos aspectos, un informe procedente del Estado Mayor del Ejército acabó con sus ilusiones al informar que “no era ya posible la reactivación de los preparativos (de la Operación Felix) antes de mediados de abril y (de hacerlo en una fecha posterior) ello significaría que las fuerzas no estarían disponibles para tomar parte en la Operación Barbarroja”.⁴⁵ La escurridiza actitud española en la determinación de la fecha de entrada en la guerra había provocado tal retraso en el calendario previsto para Operación Felix que hizo imposible su lanzamiento al solaparse con la Operación Barbarroja. La Operación Felix simplemente se había salido de tiempo y Hitler no tuvo más remedio que aceptar, tal como quedaría recogido en el KTB que “debía permanecer suspendida hasta que no se diesen las condiciones políticas adecuadas”.⁴⁶

De momento, el tema de Gibraltar y la consiguiente entrada de España en la guerra, debían esperar hasta el otoño siguiente cuando estuviese resuelta la campaña de Rusia. Nadie podía prever que la lucha contra la Unión Soviética terminaría cuatro años después con los carros rusos custodiando la destrozada Puerta de Brandenburgo.

Como conclusión, esperar que después de todo lo anterior se llame la atención sobre la utilidad del KTB como fuente en el estudio de las relaciones hispanogermanas de manera que el tradicional análisis de los meses de “la gran tentación”, habitualmente muy condicionado por perspectivas excesivamente circunscritas al ámbito político o diplomático se maticen desde la óptica ofrecida por una fuente que creemos tan sugerente como inexplorada.

40 Ibidem.

41 Ibidem.

42 P. E. Schramm y otros, op.cit. Tomo I/B, KTB p. 234-238.

43 P. E. Schramm y otros, op.cit. Tomo I/B, KTB p. 259-261.

44 P. E. Schramm y otros, op.cit. Tomo I/B, KTB p. 270-271.

45 P. E. Schramm y otros, op.cit. Tomo I/B, KTB p. 282-285.

46 Ibidem.